
ACTO PRIMERO.

Habitación preparada para trabajos astrológicos, con esferas, mapas, cuadrantes y otros instrumentos de astronomía. La cortina de una rotonda está levantada, viéndose las imágenes de los siete planetas, cada una en un nicho, alumbradas con luz incierta y extraña. Seni observa las estrellas, y Wallenstein está delante de una mesa, en la cual se halla trazado el curso de los mismos planetas.

ESCENA PRIMERA.

WALLENSTEIN.—SENI.

WALLENSTEIN.—Basta ya, Seni. ¡Baja! El día viene, y Marte reina ahora. No conviene trabajar más. ¡Ven! Bastante sabemos ya.

SENI.—Déjeme V. A. observar sólo á Venus. Ahora mismo sale. Como un sol brilla en el Oriente.

WALLENSTEIN.—Si, ahora se halla en su perigeo, é influye en la tierra con todo su poder. (Examinando las figuras de la mesa.) ¡Afortunado aspecto! Así se forma el misterioso triángulo, y los dos planetas favorables, Júpiter y Venus, refrenan en su centro á Marte, maléfico y adverso, obligando á servirme á ese fautor de desdichas. Largo tiempo me ha sido contrario; y ya con sus rayos rectos ú oblicuos, ya en cuadratura, ya por duplicado, lanzaba sus rojizos destellos contra mis astros, y anulaba sus virtudes benéficas. Ya

han vencido á mi antiguo enemigo, y lo tienen encadenado en el cielo.

SENI.— Y los dos grandes luminares están libres de todo maleficio. Saturno, incapaz de dañar, y sin poder, *in cadente domo*.

WALLENSTEIN.— Ha pasado el imperio de Saturno, el que influye en el nacimiento de las cosas en el seno de la tierra, y en las profundidades del alma, y en cuanto teme á la luz. Ya no es tiempo de pensar y de reflexionar, porque Júpiter, brillante, domina y arrastra violentamente al reino de la luz todos los trabajos preparados en las tinieblas... Menester es ahora obrar con rapidez, ántes que la dicha huya otra vez de mi cabeza, porque no hay estabilidad alguna en las cosas del cielo. (Llaman á la puerta.) Llaman. Mira quién es.

TERZKY. (Desde fuera.) — ¡Abrid!

WALLENSTEIN.— ¿Terzky? ¿Es algo urgente? Estamos ocupados.

TERZKY. (Desde fuera.) — Abandonadlo todo, yo os lo suplico. No es posible esperar.

WALLENSTEIN.— ¡Abre, Seni! (Mientras abre Seni, corre la cortina Wallenstein.)

ESCENA II.

WALLENSTEIN y el CONDE TERZKY.

TERZKY. (Entrando.) — ¿Lo sabes ya? Ha sido hecho prisionero, y entregado por Gallas al Emperador.

WALLENSTEIN. (A Terzky.) — ¿Quién ha sido hecho prisionero? ¿Quién ha sido entregado?

TERZKY.— Quien conoce nuestro secreto en toda su ex-

tensión, nuestros tratos con suecos y sajones, aquel por cuyas manos ha pasado todo...

WALLENSTEIN. (Retrocediendo.) — ¿No será Sesina? ¡Dime que no, yo te lo ruego!

TERZKY.— Los agentes de Gallas lo apresaron en su camino directo á Ratisbona, á buscar á los suecos, después de haberlo acechado largo tiempo. ¡Llevaba consigo un paquete de despachos míos á Kinsky, Matías Thurn, Oxenstern y Arnheim! Todo ha caído en su poder, y ahora sabrán cuanto se ha hecho.

ESCENA III.

LOS MISMOS.— ILLO.

ILLO. (A Terzky.) — ¿Lo sabe ya?

TERZKY.— Lo sabe.

ILLO. (A Wallenstein.) — ¿Esperas todavía hacer las paces con el Emperador y recobrar su confianza? Si fuese así, renunciarías á tus proyectos de buen grado. Pero ya los conocen. Es preciso, pues, seguir hacia adelante, no retroceder.

TERZKY.— Tienen entre sus manos documentos febientes contra nosotros.

WALLENSTEIN.— No escritos por mí. Te los atribuiré, y te acusaré de impostor.

ILLO.— ¿Cómo? ¿Crees acaso que lo negociado por éste, por tu cuñado, y en tu nombre, no lo cargarán á tu cuenta? ¿Para los suecos valen sus tratos como tuyos, y no valdrán para tus enemigos de Viena?

TERZKY.— Nada hay escrito por tí... pero recuerda hasta dónde has llegado en tus conversaciones con Sesina. ¿Se

callará? Si puede salvarse revelando tus secretos, ¿no lo hará?

ILLO. — ¿No se te ocurre lo mismo? Y puesto que averiguarán ahora hasta dónde has llegado, dime: ¿qué esperas? Tu mando no puedes conservarlo, y, si lo dejas, eres hombre perdido.

WALLENSTEIN. — El ejército es mi garantía. El ejército no me abandona. Sepan cuanto quieran, la fuerza está de mi parte, y han de ceder... y si protesto de mi fidelidad, se darán por satisfechos.

ILLO. — El ejército es tuyo; es tuyo ahora por el momento, es tuyo; pero tú teme el influjo lento y silencioso del tiempo. La adhesión de las tropas te protegerá hoy y mañana de toda violencia; pero si dejas pasar los días, insensiblemente llegarán á pensar bien, como tú ahora, y con astucia te serán arrebatados uno á uno... hasta que sobrevenga el gran cataclismo, que derribe ese edificio frágil y engañoso.

WALLENSTEIN. — ¡Es una eventualidad infausta!

ILLO. — ¡Oh! fausta la llamaría yo, si, como debe ser, influye en tí lo bastante para excitarte á obrar con actividad... El coronel sueco...

WALLENSTEIN. — ¿Ha llegado? ¿A qué viene?

ILLO. — Sólo á tí lo dirá.

WALLENSTEIN. — ¡Funesta, funesta casualidad!... Sí; sin duda alguna Sesina sabe demasiado para callar.

TERZKY. — Es un desertor bohemio y un rebelde, y condenado á muerte, y si puede salvarse á tu costa, no tendrá escrúpulo en hacerlo. ¿Y si lo someten á la tortura, él, cobarde, podrá resistirla?

WALLENSTEIN. (Abismado en sus reflexiones.) — Es imposible recobrar la confianza perdida, y haga yo lo que quiera, seré siempre para ellos un traidor á la patria. Si vuelvo honradamente á cumplir mi deber, tampoco adelantaré nada...

ILLO. — Esto te perdería. No á tu lealtad, se atribuiría á tu impotencia.

WALLENSTEIN. (Paseándose inquieto á uno y otro lado.) — ¿Cómo? ¿He de realizar ahora formalmente, lo que sirvió de juguete á mis pensamientos? ¡Maldito sea el que juega con el diablo!

ILLO. — Si ha sido sólo un juego para tí, créeme, habrás de expiarlo seriamente.

WALLENSTEIN. — ¿Y ha de ser preciso realizarlo ahora, y ha de suceder ahora, cuando el poder es mío?

ILLO. — Lo más pronto posible, antes que resuene el golpe en Viena, y te prevengan...

WALLENSTEIN. (Examinando el papel firmado.) — Tengo por escrito las promesas de los generales... Maximiliano Piccolomini no está aquí. ¿Por qué no?

TERZKY. — Era... creía...

ILLO. — ¡Pura extravagancia! Esto no es necesario entre tú y él.

WALLENSTEIN. — No es necesario, es verdad; tenía razón sobrada... Los regimientos no quieren marchar á Flandes, y me han enviado una solicitud oponiéndose abiertamente á su salida. El primer paso para la sedición está ya dado.

ILLO. — Créeme; más fácil te será llevarlos al enemigo, que ponerlos á las órdenes del español.

WALLENSTEIN. — Quiero oír, sin embargo, lo que ha de decir el sueco.

ILLO. (Con precipitación.) — ¿Queréis llamarlo, Terzky? Está ahí fuera.

WALLENSTEIN. — Espera un poco. Me han sorprendido... Esto sobreviene prematuramente... No estoy acostumbrado á que la casualidad me domine, y á que me arrastre consigo ciega.

ILLO. — Escúchalo primero, y reflexiona después. (Vanse.)

ESCENA IV.

VALLENSTEIN, hablando consigo mismo.

¿Será posible? ¿Ya no puedo hacer lo que quería? ¿Ni retroceder, si me agrada? ¿He de ejecutar un hecho, sólo por haberlo pensado, por no haber rechazado la tentación... y porque á mi corazón ha servido este sueño de alimento, por allegar los medios inciertos de realizarlo, simplemente por tener abierto ese camino? ¡Oh gran Dios del cielo! No era un propósito formal; nunca fué cosa resuelta. Agradábase sólo pensarlo; la libertad y el poder me encantaban. ¿Era acaso injusto que mi fantasía se regocijase con la esperanza de reinar? ¿Mi voluntad no era libre en mi pecho, y no tenía á mi alcance la buena senda, siempre pronta para la vuelta? ¿Adónde me veo llevado de improviso? Detrás de mí no hay salida, y lo veda una muralla levantada por mí, cuyo recinto me impide el regreso. (Quédase profundamente pensativo.) Parezo culpable; y, por más que me empeñe, no puedo arrojar de mí esa culpa, porque me acusa la doblez de mi vida... y hasta la pureza de las acciones más inofensivas se convertirán en sospecha ponzoñosa. Si yo fuese traidor, como aparento serlo, hubiese cuidado de no parecerlo, me hubiera rodeado de un velo, y jamás expresara mi descontento. Sabía que era inocente, y mi voluntad recta, y daba libre vuelo á mis caprichos y á mi pasión... La palabra era atrevida porque no lo eran mis hechos. Lo que ha sucedido al acaso lo convertirán en algo mal intencionado, efecto de un plan preconcebido, y las palabras, hijas de la cólera y de la libertad de que disfrutaba, pronunciadas en la superabundancia de

mi corazón, serán interpretadas como una urdimbre bien tejida, en la cual querrán envolverme, sirviendo de terrible acusación, que me hará enmudecer. Así me rodea una red preparada por mi mismo para mi ruina, de la cual sólo puede librarme la violencia. (Nueva pausa.) Y ¡cómo ha de ser de otra manera! Mi ánimo me arrastra por sí á todo lo audaz, la necesidad me obliga con su imperio, y mi propia conservación lo exige. El aspecto de la necesidad es formidable sin duda. No sin temblar penetra la mano del hombre en la urna misteriosa del destino. En mi pecho, mis acciones eran mías; pero fuera ya del seguro asilo del corazón, su natural asiento, y entregadas al suelo ingrato de la vida, son del dominio de esos poderes maléficos, contra los cuales nada puede la humana industria. (Pásase á grandes pasos, y se queda luego pensativo.) Y ¡cuál es tu propósito? ¿Lo has examinado y puedes expresarlo? Quieres derribar un poder, pacífico, seguro en su trono, fundado en la tradición y en posesión sacrosanta y antiquísima, y arraigado con mil tiernas raíces en la cándida y piadosa fe de los pueblos. No se trata ahora del choque de dos fuerzas, que no temo. Yo puedo aventurarme contra un enemigo cualquiera, siempre que mis ojos encuentren los suyos, y cuyo valor, sea el que fuere, inflama el mío. Invisible es el adversario, á quien tengo miedo, que combate contra mí en el pecho de los hombres, y que me infunde sólo timidez invencible. No; no es peligroso ni formidable lo lleno de fuerza y de vida, sino lo vulgar, lo de ayer, y siempre de ayer, lo que era siempre y siempre vuelve, y mañana vale porque vale hoy. La costumbre hace al hombre, la costumbre lo amamanta. ¡Ay de aquel que conmueve su antiguo y sagrado hogar, la herencia amada de sus abuelos! Los años lo sacrifican todo. Lo respetable para la ancianidad es divino para el hombre. El que posee, tiene el derecho de su parte, y la muchedumbre lo defenderá como

sagrado. (Al paje, que entra.) ¿El coronel sueco? ¿Está ahí? Si lo está, que éntre. (Vase el paje. Wallenstein clava en la puerta su mirada pensativa.) ¡Aun no se ha profanado... aun no! El crimen no ha traspasado sus umbrales... ¡Tan estrecho es el límite que separa á las dos sendas de la vida!

ESCENA V.

WALLENSTEIN y WRANGEL.

WALLENSTEIN. (Después de echar sobre el coronel una mirada penetrante.) ¿Os llamáis Wrangel?

WRANGEL.—Gustavo Wrangel, coronel del regimiento de Sudermánia.

WALLENSTEIN.—Un Wrangel fué el que me hizo mucho daño delante de Stralsund, y cuya tenaz resistencia impidió que la ciudad se me rindiera.

WRANGEL.—Obra fué de los elementos, señor Duque, no de mi mérito. El Belt, con su tempestad violenta, defendía la libertad de la ciudad, y la mar y la tierra no obedecían á un mismo señor.

WALLENSTEIN.—Me arrebató de la cabeza el sombrero de almirante.

WRANGEL.—Vengo á poner en ella una corona.

WALLENSTEIN. (Sentándose, y haciéndole señal de que se siente.)—Vuestras credenciales. ¿Tenéis plenos poderes?

WRANGEL. (Vacilando.)—Hay que resolver algunas dudas...

WALLENSTEIN. (Después de leer la credencial.)—La carta tiene todos los requisitos necesarios. Es hombre sagaz é inteligente vuestro superior, señor Wrangel. El Canciller escribe que sólo se propone realizar el proyecto del Rey difunto, al ayudarme á aleazar la corona de Bohemia.

WRANGEL.—Y dice la verdad. El bienaventurado Monarca

estimaba en sumo grado el talento sobresaliente y las prendas militares de V. A., y acostumbraba decir que debía ser rey quien sabía mandar así.

WALLENSTEIN.—Podía decirlo como pocos. (Tomando su mano con familiaridad.) A la verdad, señor Wrangel, también en el fondo de mi corazón fui siempre buen sueco... y lo habéis observado en Silesia y Nuremberg. Os he tenido en mis manos con frecuencia, y siempre os dejaba una salida para escapar. Esto es lo que no me perdonan en Viena, y lo que me obliga ahora á dar este paso... Y puesto que nuestros intereses son los mismos, tengamos unos con otros plena confianza.

WRANGEL.—Ya vendrá la confianza, cuando haya por ambas partes suficientes garantías.

WALLENSTEIN.—El Canciller, según me parece, no se fia completamente de mí. Sí, lo confieso... El juego no me favorece demasiado. Cree S. E. que, cuando yo hago esto con el Emperador, á quien sirvo, bien puedo hacer lo mismo con el enemigo, y esta tracción sería más perdonable que aquella. ¿No opináis así también, señor Wrangel?

WRANGEL.—Yo desempeño tan sólo un cargo, y no me compete formular ninguna opinión.

WALLENSTEIN.—El Emperador me ha impulsado á llegar á este extremo. Ya no puedo servirle lealmente. Por mi propia conservación, movido por la necesidad, doy yo este paso trabajoso, que reprueba mi conciencia.

WRANGEL.—Lo creo. Nadie va tan lejos sin verse obligado á ello. (Pausa.) A nosotros no nos corresponde interpretar ni juzgar vuestra conducta con vuestro Emperador y dueño. Los suecos pelean por su buena causa, con su buena espada y su conciencia. Las circunstancias, la ocasión es favorable á nosotros; las aprovechamos sin escrúpulo, si se presentan, porque así ha de hacerse en tiempo de guerra; y si todo se muestra propicio...

WALLENSTEIN.—¿De qué, pues, se recela? ¿De mi voluntad? ¿De mis recursos? He prometido al Canciller, que si me confía diez y seis mil hombres, y los reuno con otros diez y ocho mil del Emperador...

WRANGEL.—Se mira á V. A. como á un guerrero de primer orden, como á un segundo Atila ó un segundo Pirro. Todavía se habla con estupor de que V. A., hace años, contra la opinión común, organizara un ejército de la nada. Y sin embargo...

WALLENSTEIN.—¿Sin embargo?

WRANGEL.—Su Excelencia opina que es más fácil crear de la nada un ejército de diez y seis mil hombres, que afastar la sexagésima parte de... (Se detiene.)

WALLENSTEIN.— ¿Á qué? ¡Hablad sin rebozo!

WRANGEL.— Á ese perjurio.

WALLENSTEIN.— ¿Lo cree así? Piensa á lo sueco y á lo protestante. Vosotros, luteranos, peleáis por vuestra Biblia, y os preocupáis de vuestra causa. Seguíis de todo corazón vuestras banderas... Quien se pasara, pues, al enemigo, infringiría un doble deber. De nada de esto hay que hablar entre nosotros...

WRANGEL.— ¡Santo Dios! ¿No hay, pues, aquí en este país, ni patria, ni hogar, ni fe?

WALLENSTEIN.— Os diré lo que sucede... Si; el austriaco tiene patria, y la ama, y tiene razón para amarla; pero este ejército, que se llama imperial, y acampa aquí, en Bohemia, no la tiene. Está formado de la hez extranjera, del deshecho del pueblo, y nada más posee que la luz del sol. Y esta tierra de Bohemia, por la cual peleamos, no es afecta á su Monarca, y lo obedece por la fuerza, no por su libre elección. Murmurando sufre la tiranía religiosa, y la violencia la ha sometido por el miedo, pero no le ha dado la paz. Se recuerdan con rabia y sed de venganza los horrores que se han cometido en su territorio. ¿Cómo ha de olvidar

un hijo que se ha llevado á misa á su padre, azuzándole perros? Temible es el pueblo, que ha sufrido esto, ya se venga, ya tolere estos tormentos.

WRANGEL.—Pero, ¿y la nobleza y los oficiales? Semejante apostasía, felonía de esta índole, señor Duque, no encuentra ejemplo en la historia.

WALLENSTEIN.—Son míos incondicionalmente. No os fiéis de mí, sino de vuestros propios ojos. (Dale el papel del juramento. Wrangel lo lee, y después lo deja callado en la mesa.) ¿Qué os parece? ¿Lo comprendéis ahora?

WRANGEL.— ¡Que lo entienda quien pueda entenderlo! Señor Príncipe, caiga ya mi máscara... ¡Sí! Tengo plenos poderes para resolverlo todo. El Ringrave dista sólo de aquí cuatro jornadas con quince mil hombres, y espera la orden de unirse á vuestro ejército. Yo la extiendo, si convenimos.

WALLENSTEIN.— ¿Cuál es la pretensión del Canciller?

WRANGEL. (Con solemnidad.)—Se trata de doce regimientos suecos, y responde mi cabeza. Todo esto podría no ser al fin más que un falso juego...

WALLENSTEIN. (Interrumpiéndole.)— ¡Señor sueco!

WRANGEL. (Continuando tranquilo.)— Y es indispensable que el Duque de Friedlandia rompa formalmente con el Emperador, y no le sea posible retroceder, aunque quiera, porque de otro modo no se le confiará ni un soldado sueco.

WALLENSTEIN.— Pero, ¿qué exige? decidlo pronto, sin rodeos.

WRANGEL.—Que se desarmen los regimientos españoles afectos al Emperador, que sea ocupada Praga, y que esta ciudad y la fortaleza de Egra sean entregadas á los suecos.

WALLENSTEIN.— ¡Mucho pide! ¡Praga! Valga por Egra; ¿pero Praga? No proseguid. Os doy todas las garantías razonables que exijáis; pero Praga... la Bohemia, puedo yo mismo defenderla.

WRANGEL. — No se duda. Ni aun nos cuidamos nosotros de hacerlo. No nos agrada haber perdido inútilmente tantos hombres y tanto dinero.

WALLENSTEIN. — Justo parece.

WRANGEL. — Y mientras no seamos indemnizados, Praga nos servirá de garantía.

WALLENSTEIN. — ¿Tan poca confianza os inspiramos?

WRANGEL. (Levantándose.) — Los suecos se han de precaver de los alemanes. Se nos ha llamado del otro lado del Báltico, y hemos salvado al imperio de su ruina... con nuestra sangre hemos sellado la libertad de conciencia, la santa enseñanza del Evangelio. Pero ya ahora nadie se acuerda del beneficio recibido; sólo pesa la carga, y se mira de mal ojo al extranjero que ocupa el territorio, y de buen grado nos enviarían á nuestros bosques dándonos un puñado de oro. ¡No! ¡No hemos dejado á nuestro rey en el campo de batalla por el salario de Judas, por el oro ni por la plata, viles metales! ¡La noble sangre de tantos suecos no ha corrido por el oro ni por la plata! No queremos devolver nuestras banderas á la patria, adornadas sólo de laureles. Queremos quedarnos como ciudadanos de un suelo, conquistado por la muerte de nuestro Rey.

WALLENSTEIN. — Ayúdame á derribar al enemigo común, y no os faltarán bellas fronteras.

WRANGEL. — Y cuando el enemigo común yazga por tierra, ¿quién reanudará esta alianza? Sabemos, señor Príncipe... aunque los suecos nada tengan que decir á esto... que V. A. negocia secretamente con los sajones. ¿Quién nos garantiza de no ser las víctimas propiciatorias de tratos, que se juzga útil ocultar?

WALLENSTEIN. — Bien elige el Canciller sus servidores, porque fuera difícil encontrar otro más tenaz. (Levantándose.) Ofreced otras cláusulas más aceptables, y no hablemos más de Praga.

WRANGEL. — Mis plenos poderes se limitan á esto.

WALLENSTEIN. — ¡Entregaros mi capital! Prefiero volver de nuevo... á mi Emperador.

WRANGEL. — Si es tiempo.

WALLENSTEIN. — Puedo hacerlo ahora todavía, siempre que quiera.

WRANGEL. — Quizás hace poco días, hoy no... Ya no, estando prisionero Sesina. (Wallenstein se calla sorprendido.) Creemos, señor Príncipe, que V. A. obra lealmente; desde ayer estamos seguros... Y puesto que este documento nos sirve de garantía respecto á las tropas, no hay ya obstáculo para que no sea completa nuestra confianza. Praga no debe, pues, desunirnos. El Canciller, mi señor, se contenta con la Ciudad Vieja, y os deja el Ratschin y el barrio pequeño. Pero Egra, sobre todo, ha de ser nuestra, y sin esta condición precisa no hay que hablar de juntarnos.

WALLENSTEIN. — ¿Yo debo, pues, fiarme de vosotros, y vosotros no fiaros de mí? Reflexionaré sobre lo que me proponéis.

WRANGEL. — Pero no largo tiempo, os ruego. Dos años hace ya que duran estas negociaciones; y si no dan ahora resultado, el Canciller está resuelto á romperlas para siempre.

WALLENSTEIN. — Mucha prisa me dais. Digno de meditación es, sin duda, este paso.

WRANGEL. — Rápida actividad, no largas meditaciones, es la mejor garantía del buen éxito. (Vase.)